

EL ESTMDANTE



PRECIO

25 CT

SUMARIO:

Los exámenes.....	EDITORIAL.
Nuestro deber.....	M. ^a LUISA DORADO.
Un hombre consecuente.....	HIPOLITO R. PINILLA.
Recuerdo de un estudiante.....	J. PEREZ BANCES.
Hacia la regeneración.. ..	E. ALARCOS.
Versos.....	J. MORENO VILLA.
Réplica a una caricatura de Bagaría.....	JULIO NUÑEZ.
«Venite ad me».....	J. LOREDO APARICIO.
Fé de vida.....	J. M. ^a VILA.
La nueva Universidad.....	F. MIRANDA.

AMÉRICA: Mensaje a la juventud universitaria. Dr. Mario Saenz. Jiménez Asúa.

NUESTROS HÉROES: Misael García Hernández.

PANORAMA ESPIRITUAL: La primera abogada.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCION: 3 PTS. TRIMESTRE.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPD.^o (JARDIN).—SALAMANCA

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.



SALAMANCA, DOMINGO 10 MAYO 1925.—NÚM. 2.



LOS EXÁMENES

EL fatídico azar o acaso el sadismo de la mano que trazó el plan absurdo de nuestros establecimientos de enseñanza, puso este instrumento de tortura juvenil en los meses gozosos de la primavera. Cuando todo ríe fuera, cuando todo es espasmo y plenitud de vida nueva que brota, sangre moza, ardor y libertad, el estudiante esclavizado rinde ante el libro de texto o ante los apuntes, con la cabeza hundida, los codos hincados y los ojos febriles, el tributo de su cautiverio espiritual.

El examen es el signo trágico más sangrante de la esterilidad de la Universidad española. Mata en el estudiante todo anhelo de saber y de estudio, si alguno hubiese en él, le degrada de persona en recluta académico, en receptáculo de contestaciones dosificadas y mecanizadas a las lecciones de un cuestionario..... Convierte la Escuela en cuartel, y la disciplina, de orientación reflexiva y consciente y de culto de amor a la Verdad, en artículo de fé anquilosado en un catecismo.

El exámen es uno de los recursos más arteros para envilecer el alma estudiantil, ahogando en germen la responsabilidad libre del hombre. Y es uno de los resortes que aseguran más sólidamente el poder despótico del catedrático. Es el arma de que éste se vale para elevar a majestad augusta su insignificancia mental y moral. Es instrumento propiciatorio de terror y de venganza. Es una supervivencia de las hogueras inquisitoriales contra los herejes, contra los herejes del dogma de la fingida ciencia oficial de la cátedra y de la sabiduría suma de los apuntes o del libro de texto. Sin la coacción y al aparato vengativo del examen, la mayor parte de las aulas quedarían desiertas y la libertad académica del estudiante no sería una grotesca ficción.

No, la misión de la Universidad no es convertir el espíritu en ridícula incubadora de datos inútiles, retenidos mecánicamente y.....

.....El estudiante de Universidad debe ser algo más, muy otra cosa, que el niño de la escuela. La misión de la Universidad es ofrecer al que a ella acude enseñanzas, un caudal vivo de enseñanzas y orientaciones, oreadas por los aires de la vida y el aliento de la ciencia, encauzar en el estudiante la formación de su personalidad profesional y humana. El maestro debe ser guía y con-

sejero y la cátedra labor de cooperación, comunidad de esfuerzos y entusiasmos.

Pero esto exige que la función del profesor sea un magisterio y pide un anhelo constante, un supremo esfuerzo de todas las horas, que nuestros burócratas de la cátedra no saben poner. Ellos van a la Universidad buscando un cómodo trampolín para sus empresas políticas o financieras o una trinchera económica, aunque modesta de ingresos, saneada y poco trabajosa. Les es más descansado «tomar la lección» y hacer en el examen de aduaneros de lo aprendido.

El examen es denigrante para el que lo hace y para quien lo sufre. Estudiar para examinarse y hacer del examen el quicio de toda enseñanza es lo más abominable que pueda haber. Y la llamada «enseñanza libre», que descansa toda ella sobre el exámen, sin contacto alguno de orientación y disciplina con la Universidad y con el maestro, es acaso la menos libre, la más esclavizadora, porque al poder director del maestro sustituye el más despótico, el más dictatorial de los apuntes y el libro de texto. Y sin embargo, en la mortal esterilidad de la Universidad española, la enseñanza libre sería una garantía de libertad, si fuera de los muros universitarios el espíritu de los estudiantes no se entumeciese en todos esos colegios y academias cuartelarios, que viven como epidémica floración a la somnolencia del examen y medran con ella y con sus métodos rutinarios de mecánica servil.

La supresión de los «exámenes por asignaturas» ha de ser uno de los primeros pasos en la reorganización de la Universidad española y en la redención de la clase escolar. Es necesaria, ciertamente, una prueba de capacidad antes de abandonar las aulas, porque el Estado no debe poner en manos de cualquiera la práctica de una profesión en la vida social sin una garantía de su aptitud. Pero organícese esta prueba de modo que no sea un sistema de primas al servilismo del espíritu y a la mecanización de la inteligencia. Y organícese sobre todo la Universidad de modo que el profesor sea un maestro, un verdadero maestro y no un examinador, un guía ideal del espíritu y no un castrador del alma juvenil. ¿Cual ha de ser esta organización y cómo ha de laborarse para conseguirla y, si necesario es, para imponerla? Ya lo iremos diciendo, y muy pronto, que para esto ha venido a la vida EL ESTUDIANTE.



NUESTRO DEBER

Cada día es mayor el número de muchachas que acuden a los Institutos y Universidades. En las Normales, que ya de antiguo les pertenecían, las aulas se ven llenas de alumnas.

EL ESTUDIANTE, que quiere preocuparse seriamente de la vida escolar, no puede descuidar el aspecto que le dá hoy la cooperación de la mujer.

¿Feminismo? Llámenlo ustedes como quieran. Para nosotros no son personas todos los hombres y lo son en cambio muchas mujeres. Por esto publicaremos, siempre que lo merezcan, las cuartillas que lleguen a nuestra Redacción, sin reparar más que en que estén bien escritas, importándonos poco que las firme un hombre o una mujer. Esta nos parece la única posición digna.

Publicamos a continuación un artículo de la profesora del Instituto de Castellón María Luisa Dorado. Hace tres años, los periódicos de Madrid nos sorprendieron con una gacetilla en que se daba cuenta de que por primera vez una señorita había ingresado en el escalafón de Institutos.

Esa profesora era María Luisa Dorado.

DEJANDO de lado ese tipo clásico de maestro, para quien la mujer no tiene otra misión en la vida que coser y fregar, y que a mí también me tocó en suerte, no podría decir si la aparición en el Instituto salmantino de las mujeres, frente a la tradicional costumbre de ser aquello lugar de aprendizaje para hombres, fué bien o mal recibida por profesores y alumnos. En cambio, sí podría decir la satisfacción que a mí me causó. La vanidad y el amor propio se enseñorean pronto del alma, por muy infantil que ella sea. Y ¡ahí era nada! Ponernos al lado de los hombres y llegar a donde ellos. Seguir sus mismos derroteros. Ser tanto como ellos; ser *otros* ellos. Y sin embargo...

A medida que los años pasaron, tuve que ir rectificando. En el Instituto, en la Universidad, en medio de la comunidad de disciplinas y maestros, existía entre mis compañeros y yo, la enorme diferencia que la vida me ha hecho ver. La materia, la disciplina, que para todos era la misma, al pasar a nuestro espíritu, al formar parte de nuestro caudal de conocimientos, tomaba en su espíritu y en el mío, un valor diferente.

El conocimiento, que no es objetivo, al formar parte de nuestra alma se matizaba de muy diversa manera. Al fundirse con el alma, que pese a quien pese tiene sexo, tomaba el sexo de ella.

Entonces y después, cuando la vida a su vez me ha llevado a educar jóvenes inteligencias, me he reído de mis pretensiones de «bachillera» en ciernes, al pensar que la mujer puede y debe ponerse frente al hombre en el problema de la cultura. No, la mujer no debe po-

nerse frente al hombre, sino al lado del hombre. Debe ir al Instituto, a la Universidad a recoger la cultura y a hacerla suya, a hacerla «femenina». A completar esa cultura, ya que en manos de los hombres no puede ser perfecta. Y cuando lo haya conseguido, es su deber difundir su cultura, la «suya», hacerla que coopere con la del hombre, para que ambas den sus frutos. Por eso, al mismo tiempo que a la escuela primaria, la mujer está llamada a la escuela secundaria y a la Universidad. No frente al hombre, sino a su lado; no en son de conquista, sino de paz; no a ocupar el lugar del hombre, a usurpárselo, sino a cooperar con él.

Y ahora, a las mujeres españolas que hoy estudian, yo les aconsejo que, primero a recibir la cultura y después a difundirla, entren en el Instituto y en la Universidad a reclamar pacíficamente, pero con firmeza, la parte que de hecho les corresponde. Y frente a la guerra unas veces, y lo que es peor que eso, la indiferencia, otras, mantengan su actitud como un deber al cual no se deben sustraer. Piensen que la cultura, a través de ellas, se dulcifica y sensibiliza. Piensen que esa cultura sin su cooperación no puede ser perfecta, y que esa cultura «completa», «única», es la que deben obtener sus hijos. Y esos hijos, los hombres de mañana, valen la pena de todos los esfuerzos.

M.^a LUISA DORADO

Castellón, Abril-1925.

Un hombre consecuente.

UN médico—famoso en su tiempo—D. Rafael Ariza, que, además de saber su arte, tenía «sal ática» mezclada con pimentón murciano, comentaba la insipiente de un catedrático de Higiene: «ese... se ha parado en Magendie» (1783-1835).

En efecto, en materia de ciencia no es respetable quien se estanca. La ciencia marcha, como el mundo, y el hombre consecuente con sus primeras ideas, corre el riesgo de cristalizar en una forma geométrica sin vida ni movimiento. ¡Cuántos médicos de hace 50 años, que no han vuelto a coger un libro, se quedarían a oscuras leyendo los de ahora!

Me refería una vez el Sr. Romero Girón, ex-ministro de Gracia y Justicia, que visitando en cierta ocasión al juez de primera instancia de un pueblo, y mientras le aguardaba en el despacho, examinó los libros que tenía el citado funcionario sobre la mesa, y reparó que tenía abierto sobre el vade, el Código penal, ya derogado. Al entrar el visitado en el despacho sorprendió al ex-ministro con el libro en la mano.—«Me chocaba—le dijo Romero Girón—ver aquí el Código derogado...» A lo cual replicó el juez: «Pues yo con ese me arreglo».

He aquí pues, otro hombre consecuente al estilo del catedrático que se había parado en la Fisiología del siglo XVIII.

Ahora bien; ¿por qué se increpa al político y se le ponen mote por inconsecuente, mientras que se censura esa consecuencia del médico científico, o del juez-funcionario?

Si es de sabios el mudar de consejo, según reza el proverbio, ¿por qué afean y vituperar al que «chaquetea» al que se muda de liberal a conservador o vice-versa, al que acepta otra doctrina política, u otro ideario social?

El instinto popular responde muy bien a tal pregunta. El hombre se debe a la verdad, no a la verdad, absoluta, inasequible, sino a su verdad, a lo que él cree en conciencia y ha meditado y digerido bien. Si la realidad, como piedra de toque, no ha contrastado el valor de esa verdad preconizada, es honrado y leal modificar el pensamiento y decirlo claramente. En ello no hay beneficio personal sino tranquilidad de conciencia.

Lo que se censura en el político camaleón, es precisamente lo que tiene de utilitario el cambio de opinión, y el acercarse «al sol que más calienta».

Cambiar de ideas para cambiar de fortuna, es lo vituperable. Si es para acrecer fortuna más censurable aún. La ciencia es mudable, y el científico cae a veces en lo inconsecuente. Pero él, con eso no vá ganando nada, y es plausible el cambio.

En cierta ocasión, un superior jerárquico mío, hubo de encomendarme le redactara un ante-proyecto del Cuerpo facultativo de que él en jefe y yo subordinado. El día que le entregué mi trabajo, lo hice con estas palabras: —«Aquí le traigo lo que usted me pidió, y creo que sin modestia puedo decirle que este plan que le someto es el mejor que puede adoptarse.»

Y como yo viera en mi jefe una cierta sonrisa, entre duda e interrogación, le añadí: —«Tengo una prueba indiciaria de que este Proyecto es justo y loable, porque a mí—si se adopta—me perjudica considerablemente.»

Afortunadamente, mi jefe debió echar al cesto de los papeles mi trabajo. El era hombre consecuente.

H. RODRÍGUEZ PINILLA

VENITE AD ME

DICE Sorel en «La ruina del mundo antiguo» que de todas las aristocracias la más páfida, la más dura, la menos accesible a las concepciones científicas sobre la sociedad, es, sin duda, la aristocracia de los talentos: «alcanza tal grado de corrupción intelectual, que no duda ni de la legitimidad de sus ganancias».

Esta observación se basa en la realidad. Los intelectuales, como clase, ejercen tiránico predominio en la opinión pública, a la que no se cuidan de ilustrar con los principios elementales de la verdad social, sino que la halagan y adormecen con los juegos malabares de su ingenio, no cuidándose más que de satisfacer al buen burgués. Y luego, rencorosos entre sí, orgullosos, en cuanto se suscita el problema más insignificante, como es imposible que se pongan de acuerdo, siembran la confusión y el error, muchas veces interesadamente.

Claro que hay las inevitables excepciones y que tampoco debe confundirse al intelectual con el sabio, que pertenece a una categoría superior. En el sabio por excelencia lo que nos interesa es su producción científica, y así por ejemplo, lo

que Ramón y Cajal diga en materias políticas no nos da frío ni calor, mientras que sus descubrimientos nos llenan de entusiasmo y asombro.

Esa tiranía de la inteligencia no puede ser dominada con los llamamientos que el proletariado hace a los intelectuales; ese constante «venite ad me» de la prensa obrera. Los intelectuales serán siempre algo esporádico en el movimiento obrero, y serán éstos, los proletarios, quienes en minoría, tendrán que asimilarse la ciencia para democratizarla. El intelectual, obrero que figura en la historia (Marx y Lenin) se proletarizaron por completo, entregaron en absoluto su cuerpo y su ciencia a la causa, como el místico a Dios. Los demás, los que colaboran por sport en las luchas obreras, estarán aquí mientras no haya peligro y no les falte el subsidio de los otros. Al menor peligro desaparecen.

Sólo el intelectual que se proletarice será digno de nuestra época, que es, no la de la democracia, sino la de la libertad económica, que envuelve y supera a la otra.

JOSÉ LOREDO APARICIO

Oviedo.

Recuerdo de un estudiante.

Las torturas de la Universidad.

QUE la Universidad española, tal como está montada, era inútil, en el caso mejor, para la formación del espíritu, en el caso peor y más corriente nociva, lo sospeché siempre desde los comienzos de mi vida de estudiante universitario. A medida que avanzaba en mis estudios, me iba alejando espiritualmente de lo que debiera de haber sido el hogar de mi formación juvenil. Y sin embargo, hubieron de pasar unos años para que un hecho en apariencia anecdótico, me hiciera sentir en la raíz, retrospectivamente, la tragedia de mis años universitarios perdidos, que es naturalmente la tragedia colectiva de la juventud española.

Todas las chispas surgen como resultado de un choque; del choque nació también aquella impresión en que se condensaron todas mis experiencias anteriores. Cinco o seis años llevaba yo sin frecuentar la Universidad. Regresaba yo entonces de Alemania, donde había conocido una vida universitaria bien distinta ¡ay! de la nuestra, donde había sentido mi inferioridad cultural, que no me era imputable, ciertamente, a mí, sino al ambiente en que había crecido mi espíritu.

Un día, un profesor insigne, me citó en la Universidad. Omiso su nombre, pero si quiero indicar que es—vive aún—uno de los contados profesores que merecen el título de maestro.

El profesor entró en su clase y yo entré en ella para esperar a que saliera. ¡Qué espectáculo! Los cinco o seis años de ausencia de la Universidad, unidos a los años pasados fuera de España, hicieron que la impresión, que de otro modo entrara por el amplio boquete, por el que penetran las impresiones diarias, penetrara trabajosamente en mi cerebro estupefacto, dejando la correspondiente huella dolorosa.

Apenas sentado en su sillón el maestro, llamó a uno de los alumnos que figuraban en la lista y le dijo estas palabras exóticas, en derredor de las cuales pronto, sin embargo, se congregaron en mi imaginación una porción de recuerdos familiares: «dígame V. la lección».

Respondió un zagalón alto y fornido, rebotante de fuerza e ímpetu juvenil. Llamaron mi atención sus ojos pueriles, que contrastaban con su corpachón de atleta. Respondió trémulo y desasosegado, como un culpable que se encuentra ante el juez inexorable. Su aspecto era pura congoja y desfallecimiento; sus dedos crispados recorrían nerviosos el programa y miraba en torno con sus ojos pueriles como una bestia acorralada.

Era en primavera. Por los ventanales amplios entraba un raudal de luz nueva y jocunda. Afuera veíase el verde jugoso de los árboles en flor. Cantaba un jilguero una canción absurda, vibrante e interminable, que era luz, optimismo, primavera... El pobre muchachote seguiría dándole vueltas al programa.

—No se asuste usted Sr. X.; oyóse que de-

cía la voz insinuante y persuasiva del profesor. —Entre usted y yo iremos sacando la lección. Empezee usted.

Al fin, el chico rompió a hablar. Como no le conocía, no podía formar juicio de su capacidad mental. Su aspecto era el del tipo medio del estudiante, ni listo ni tonto, ni *empollón* ni radicalmente holgazán; probablemente—a juzgar por su fisiología—más dado a las expansiones corporales que a los deleites refinados del espíritu.

¡Qué escena! El estudiante, que «no sabía la lección» tenía ante sí unos apuntes; del banco de atrás apuntaban dos *empollones*.

El pobre chico cazaba aquí una palabra, allí una frase, e iba soltando los párrafos más incoherentes y más absurdos que cabe imaginar. En vano el profesor quería poner orden en aquella confusión, deteniéndole y llamándole la atención sobre las monstruosas incoherencias. Era inútil. Sudoroso y obsesionado ni quería ni podía atender. Todo su afán era construir unos párrafos con las palabras entrevistas en los apuntes o escuchadas a los apuntadores.

Una lucha absurda e insensata en que se perdía el saber de aquel profesor competente y el ímpetu juvenil de aquel grandullón.

¡Esta era la Universidad española!

J. PÉREZ BANCES

Un genio matemático, por radiodifusión: «El estudio de las matemáticas no requiere ni inteligencia ni voluntad» (¡Ahora nos lo explicamos todo!) «Lo esencial—añade—es no perder las cuentas del rosario...» No hay que decir que este genio irradiado es catedrático de Universidad.

Un ilustre personaje español ha hecho en un periódico de París interesantes declaraciones. No es cierto que falte en España libertad, como pregonan ciertos malnacidos. «La tiene todo el mundo—asegura el ilustre personaje—para beber todo género de licores y para berrear por las calles hasta altas horas de la madrugada.» Textual. ¡Lástima que, por falta de espacio y por lo otro, no podamos reproducir íntegra la sensacional entrevista. Se la aconsejamos a nuestros lectores.

Hacia la regeneración.

CUANTOS en España tienen la malaventura de pertenecer al profesorado oficial, saben que los padres de familia no suelen interesarse por los estudios de sus hijos hasta que llega la terrible época de los exámenes. Entonces despliegan una actividad inusitada para que sus niños vayan al examen, ya que no con muchos conocimientos, si bien repuestos de calificadas recomendaciones, porque suponen—ignoramos con qué fundamento—que los examinadores se fijan más en éstas que en aquéllos. Suelen producir las recomendaciones el efecto apetecido porque el profesor es, por regla general, —en el buen sentido de la palabra—benévolo y compasivo; pero si por un acaso resultasen ineficaces, los papás pondrán el grito en el cielo, asegurando que los programas son absurdos y difíciles y los examinadores unos ogros que, no contentos con darse buena vida a costa del honrado contribuyente, se entregan al divino placer de suspenderle sus retoños.

Felizmente, pronto terminará tan lamentable estado de cosas. Gracias a los desvelos de una veintena de ciudadanos conscientes—¿no se dice así?—se ha constituido una Federación de padres de familia y amigos de la enseñanza, que, además de velar por los derechos de sus asociados, trabajará ahincadamente por el mejoramiento de la cultura nacional. La F. P. A. ha comenzado brillantemente sus tareas con la presentación de una instancia al Directorio, que éste, obrando más cuerdate de lo que esperaban los federados, aún no ha resuelto, y con la publicación de un folletico, donde, aparte de esa solicitud y de una circular de propaganda, se han reunido varios trabajos en los que se defienden los puntos de vista de la asociación, tal vez escritos en un castellano poco puro o excesivamente pobre, pero henchidos de ideas originalísimas y palpitantes de fervoroso patriotismo.

A la F. P. A., que no quiere ser «de filias ni de fobias, ni de derechas ni de izquierdas», le han colgado el sambenito de haber venido al mundo por obra y gracia de las congregaciones religiosas que en España se dedican a la pacífica explotación de la segunda enseñanza. Los federados se han defendido de esa acusación con evangélica mansedumbre, pero sospechamos que no han logrado convencer a nadie de su independencia. Y en efecto, aun prescindiendo de que en la comisión organizadora de la F. P. A. figura un religioso—ya que en las juntas, comisiones, actos y ceremonias españolas nunca puede faltar un frailecico,—hállanse en el mencionado folleto aseveraciones más propias de un reverendo padre que de un padre de familia.

Sea de ello lo que fuere, nadie podrá negar que los propósitos de la F. P. A. son nobilísimos. En España, la cultura deja mucho que desear; una tercera parte de los españoles no sabe leer ni escribir; otra tercera parte llega a deletrear lo impreso y garabatear las letras del alfabeto, y los restantes, aunque con grandes esfuerzos, logran enterarse de lo que leen, si está escrito en cristiano, y pergeñar unas cuartillas llenas de lugares comunes.

Pues bien, lectores míos, la F. P. A. quiere

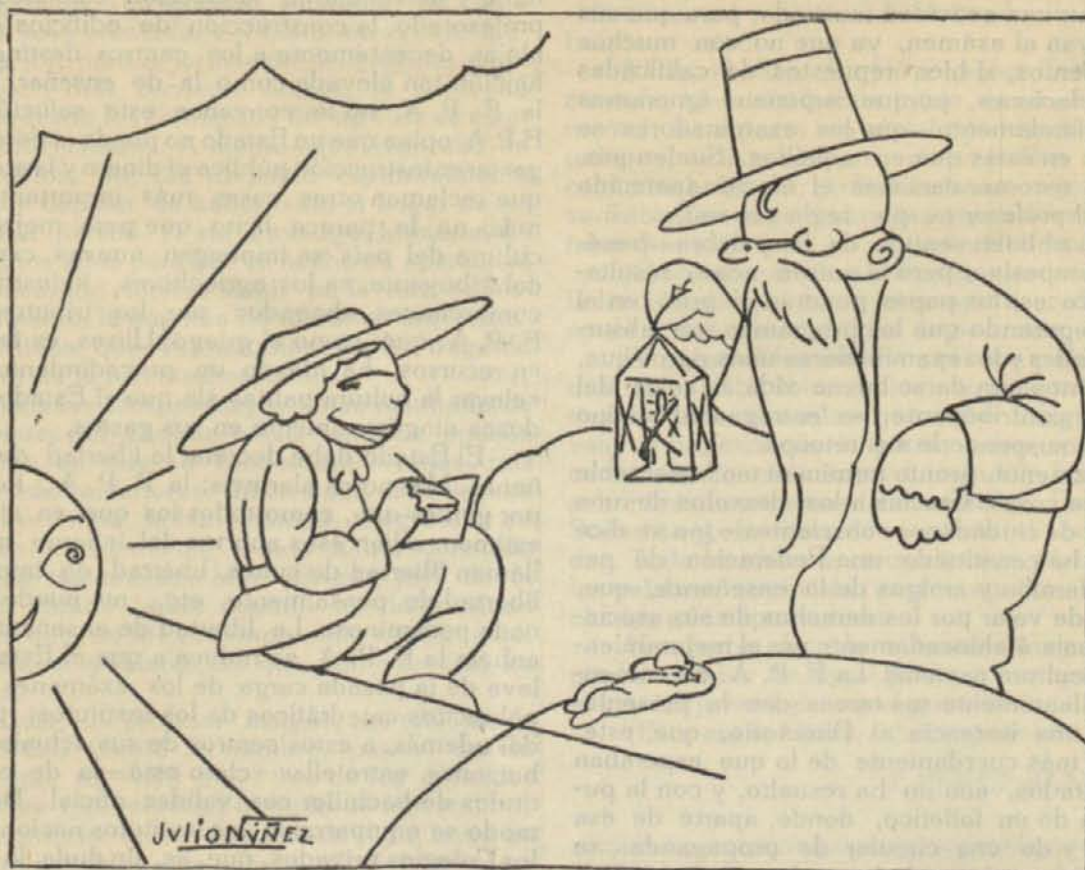
poner remedio a tan triste y vergonzosa situación. Agentes menos sagaces que los directores de la F. P. A. no se les ocurriría otra solución que pedir al gobierno la creación de nuevas escuelas, la intensificación de la enseñanza secundaria y universitaria, la elección cuidadosa del profesorado, la construcción de edificios donde alojar decentemente a los centros destinados a función tan elevada como la de enseñar, etc. A la F. P. A. no le convence esta solución. La F. P. A. opina que un Estado no puede ni debe malgastar en instrucción pública el dinero y la atención que reclaman otras cosas más importantes. Es más: no le parece lícito que para mejorar la cultura del país se impongan nuevas cargas al contribuyente, «a los agricultores, industriales y comerciantes ahogados por los tributos». La F. P. A. que, como el griego Ulises, es fecunda en recursos, ha ideado un procedimiento para «elevar la cultura patria» sin que el Estado introduzca ningún aumento en sus gastos.

El Estado debe decretar la libertad de enseñanza. Mas no os alarméis; la F. P. A., formada por gentes que, como todos los que en algo se estiman, odian esos abortos del infierno que se llaman libertad de cultos, libertad de imprenta, libertad de pensamiento, etc., no puede pedir nada pecaminoso. La libertad de enseñanza que anhela la F. P. A. se reduce a que el Estado releve de la pesada carga de los exámenes a los pobrecitos catedráticos de los Institutos, privando, además, a estos centros de sus actuales atribuciones, entre ellas—claro está—la de expedir títulos de bachiller con validez oficial. De este modo se equipararían los Institutos nacionales y los Colegios privados, que, es, sin duda, lo que se pretende. En estos centros de enseñanza se explicaría con arreglo a un cuestionario «único para toda España», por el cual habrían de ser examinados todos los que aspirasen a poseer el título de bachiller «otorgado por el Estado». De estos exámenes se encargarían varios tribunales «de absoluta neutralidad e independencia», nombrados por el Gobierno e integrados por personas ajenas al profesorado oficial—por lo menos, al de Institutos.

¡Qué! ¿No os convence el remedio que propone la F. P. A.? ¿Pensais acaso que con tal sistema solo saldrían ganando los frailes, que ya no tendrían que llevar sus alumnos a examinarse al Instituto y podrían reservar para mejor ocasión las carantoñas y zalemas con que pretenden conquistar la benevolencia de los examinadores? ¿Imagináis tal vez que si se pide, con tanta insistencia, la implantación de ese régimen en la segunda enseñanza, es para evitar que los Institutos nacionales acaben con el lucrativo negocio de ciertos y determinados colegios, donde pese a las apariencias, se enseña y se educa peor que en los centros oficiales? No, no y no; vosotros, lectores míos, no podeis pensar así, porque sois personas de recto juicio y sano corazón. Pero desdichadamente, en España abundan los individuos que en todo descubren segundas, terceras y hasta cuantas intenciones. Dios nos libre de ellos.

E. ALARCOS

Réplica a una caricatura de Bagaría.



Al maestro, cuchillada.

Un caricaturista es una época. La generación del 98: Cilla. ¡Oh, el admirable dibujante! ¡Oh, aquellas barbas, aquellas melenas! ¡Con decirles a Vds. que podían contarse los pelos...!

Contar era la ilusión del dibujante del 98. Se contaban los botones del gabán, en los caballeros; las cintas de los vestidos, en las señoras.

1908: Bagaría.

¿Donde habrá aprendido a dibujar este hombre raro? Por de pronto, es un dibujante que no sabe contabilidad. En sus caricaturas no se cuentan los pelos de las barbas ni los botones de los abrigos.

¿Que pinta Bagaría? Pinta lo impintable; apetitos, instintos, torpezas, fracasos, imbecilidades, ambiciones: pinta las gentes de dentro a fuera. En cada momento pinta con trazo certero lo que el pueblo ansía, lo que el pueblo busca, lo que el pueblo odia. Y, no pocas veces, se anticipa al pueblo, con visión genial, y le abre el camino.

Su Diógenes español, ese gracioso y trágico Diógenes de calañés, busca, sin encontrarlo al hombre liberal. de España. Julio Núñez, más afortunado, ha dado con él y regala a los lectores de EL ESTUDIANTE el descubrimiento, con un homenaje de sincera admiración para el genial caricaturista.

A los amigos y corresponsales que nos piden les enviemos nuevos ejemplares del primer número, tenemos que decirles que, bien a pesar nuestro, nos es

imposible complacerles, de momento, por haberse agotado inmediatamente la tirada. Muy en breve, haremos una segunda edición para servir sus deseos.

LOS POETAS

APUNTE DE PINTOR

*Sol de cenit,
mal dibujante;
para dibujos,
sol de mañana y sol de tarde.*

*Sol de cenit,
no lo vé nadie;
como espectáculos,
sol de mañana y sol de tarde.*

*Pero sol en cenit
algo más vale;
porque calienta
y porque sabe.*

Feb. 1925.

EL DOLOR

*Amo del llanto, juez severo
que te incorporas y te vás
del lado mío, sin compás
y sin darme aviso primero;*

*Dolor, terrible caballero
que a la vuelta de todo estás;
sé mi amigo un día no más
ya que me vés el año entero.*

*En la vianda que mastico,
en el paseo que recorro,
en el guantecillo de dama,
en la faz del pobre y del rico,
donde quiera gritan socorro
y tu sigues fiel a tu fama.*

J. MORENO VILLA



F E D E V I D A

HABLAR de las preocupaciones de los estudiantes, resulta algo inaudito; los estudiantes somos, para los profanos, los despreocupados por excelencia, modelos de frivolidad; tanto, que ha plasmado ya en el concepto vulgar de la buena vida estudiantil: cuando terminemos de ser estudiantes, entonces—nos dicen a cada momento—empezaremos a tener preocupaciones: pero nosotros, los estudiantes, los que estamos en el secreto, sentimos mejor aún la realidad desesperante de la vaciedad de nuestras vidas; estamos amodorrados para todo ¿Que esta modorra es hija del ambiente universitario español, indiferente, mejor hostil, a todo lo que suponga vida y salud intelectual y favorable en cambio a la impotencia y miseria espirituales? Todos lo sabemos, pero si estuviéramos vivos, si nuestra mayor o menor sensibilidad fuera sana y dura, en vez de quejumbrosa y floja, hubiéramos despertado, rebelándonos contra ese ambiente mortífero.

Hoy existen ya, extrauniversitariamente, grupos de gentes que quieren trabajar: son los *mejores*, que, mortificados por su madrastra oficial, no se resignan a ver que su esfuerzo resulta infecundo; pero aún entonces los estupidamente despreocupados estudiantes, solemos dejarlos abandonados, y preferimos seguir con-

sumiéndonos en la languidez universitaria sin procurar nutrirnos de aquel esfuerzo.

Y así nosotros, los pseudo-jóvenes, que debíamos estar despiertos para todos los excitantes humanos, a los que el estudiar nos debía parecer poco, por estar nuestro espíritu ansioso de vida y movimiento, pletórico de energía presta a desbordarse en indignación ante la injusticia y en entusiasmo por lo noble; que, aguzados por la hora presente, debíamos estar en camino de ser los futuros ciudadanos capaces de sacar a nuestra patria de la miseria actual, que no debíamos ser extraños a ninguna emoción humana, somos, sencillamente, los despreocupados ejemplares, los jóvenes de registro civil, a quien el vulgo tiene simpatía por creerlos capaces de alguna astucia canallesca o alguna aventura amorosa demasiado fácil.

Hora es ya, y la más oportuna seguramente, de que despertemos y procuremos vivir: trabajando, fuera de la Universidad oficial por supuesto, con los que en el trabajo nos quieran ayudar y orientar, y afinando nuestra alma para que se dé cuenta de todo lo que a su alrededor suceda, y no pueda percibir la menor maldad sin quedar llagada, ni contemplar pureza alguna sin sentir la lluvia fresca de la alegría.

SALVADOR M.^a VILA

Madrid-Abril-1925.

NUESTROS CORRESPONSALES

EL ESTUDIANTE quiere que los escolares de toda España vean en él un periódico propio y órgano de sus aspiraciones de renovación. De aquí que se preocupe de organizar, en todos los centros académicos importantes, un núcleo de corresponsales, encargados de mantener a nuestra revista en contacto con la masa estudiantil y de informarla de cuanto pueda haber de notable en sus movimientos ideales. Aspiramos a contar con corresponsales en cada Facultad universitaria, en cada Escuela especial, en cada Normal, en cada Instituto. De todas partes de España hemos recibido cartas alentadoras para nuestra empresa.

Publicamos la siguiente nota de nuestros compañeros de Valladolid:

DE VALLADOLID A SALAMANCA

Benévola y cariñosamente no brinda EL ESTUDIANTE, que quiere ser órgano de vanguardia de la juventud escolar española, un lugar en que recoger y reseñar periódicamente el movimiento de nuestra Universidad y todo lo que con ella y con la vida y acción del estudiante directa o indirectamente se relacione.

Alentado por el entusiasmo y el optimismo, ha nacido EL ESTUDIANTE, con un espíritu amplio y acogedor, aspirando a ser el verdadero órgano de todos los estudiantes y a recoger y fomentar sus más nobles anhelos y aspiraciones.

Esperamos que, comprendiendo y agradeciendo todo esto, los estudiantes de Valladolid, faltos desde hace tiempo y ansiosos de un periódico escolar, recibirán éste como propio, le prestarán su más caluroso apoyo y lograrán que constituya un lazo que mantenga viva y pujante la unión fraternal con los compañeros de una ciudad hermana y de todas las universidades.

Y esperamos también confiadamente, que no serán solamente los estudiantes, sino todo el culto pueblo de Valladolid, el que apoyando a EL ESTUDIANTE dará una prueba de consideración y afecto a la clase escolar, en la cual, en su renovación, sus esfuerzos y sus ideales, están vinculadas las esperanzas y los deseos de un porvenir próspero y brillante.

Valladolid-Abril-1925.

Para todo cuanto se refiera a EL ESTUDIANTE en Valladolid, dirigirse a su corresponsal D. José Antonio G. Santelices, Doña Maria Molina, núm. 8.

EL ESTUDIANTE publicará periódicamente unas notas sobre Valladolid y artículos de las más prestigiosas firmas.

En MADRID son nuestros corresponsales literarios: D. SALVADOR M.^a VILA (Ateneo de Madrid) y D. ANGEL SANTOS MIRAT (Reina Victoria, 4). Corresponsal administrativo: D. León Sanchez, Librería, Calle Mayor, 4.

Corresponsal literario y administrativo en OVIEDO: D. JOSÉ SERRANO, Fruela, 10.

En GIJÓN: D. JOSÉ DIAZ FERNANDEZ, Redacción de «El Noroeste».

En BARCELONA: D. FRANCISCO ALVARADO, Provenza, 327.

En ZARAGOZA: D. J. COSTERO, Méndez-Núñez, 36.

En SANTANDER: D. MANUEL RUIZ-DE-VILLA, Torrelavega.

En LEÓN: D. MANUEL SANTAMARÍA, Instituto.
En LUGO: D. ANGEL REVILLA, Miño, 25.



Queremos que las primeras líneas de esta sección de hermandad espiritual con las juventudes universitarias de América, sean para recoger los párrafos más salientes de un caluroso mensaje que el Dr. Alfredo L. Palacios, prestigiosa personalidad de las ciencias sociales argentinas, ha dirigido recientemente a la mocedad intelectual de los pueblos ibero-americanos.

Es el Dr. Palacios, Decano de la Facultad Jurídica de La Plata, uno de los hombres ilustres que más fervorosamente se han consagrado a la misión de unir intelectualmente a nuestro pueblo con la joven y vigorosa nación argentina. Su labor, harto más generosa y fecunda que todas las retóricas hispanistas y americanistas de sobremesa, hoy tan en boga, labor de lucha tenáz que ahonda, por debajo de los tratados comerciales y las alharacas de cada día, hasta las raíces eternas del espíritu, merece la más ferviente gratitud de los estudiantes españoles. Y muchos de los anhelos que dan vida a nuestro movimiento de renovación, palpitan también, de modo vibrante, en el mensaje del ilustre profesor argentino, con el ideal de una Universidad nueva, de una Universidad libre, que sea el alma de una Humanidad mejor.

NO quiere el autor del mensaje, que los pueblos de la América latina, pletóricos de juventud, sigan la curva de la decadencia que lleva a la ruina a los pueblos europeos envejecidos. Ni quiere tampoco que caigan en las garras plutocráticas de Norte-América, que como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder. «Volvamos la mirada a nosotros mismos—continúa fogosamente el mensaje—Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores».

Para esta obra civilizadora «tenemos ante todo que exaltar la personalidad humana. Darle al hombre conciencia de su fuerza; forjar su voluntad y su carácter. Hacerle apto para dominar los tesoros que ha creado, en vez de constituirse, como hasta ahora, en siervo de ellos. Para lograr esto, haremos de realizar una incruenta revolución: la revolución del pensamiento, la reforma educativa que transforme al hombre».

Las juventudes universitarias de la nueva generación, que han iniciado esta obra, son las llamadas a continuarla y llevarla a término. Al imponer la reforma universitaria, la masa estudiantil ha contraído un grave deber de conciencia ante el futuro. «No basta haber reformado los estatutos. Hay que transformar el alma de la Universidad. Conseguir que de máquina de doctorar se convierta en crisol de hombres. Las Universidades deben ser laboratorios de Humanidad. Focos de

pensamiento renovador y de fuerzas espirituales. Corazón y cerebro de los pueblos y guía de las futuras generaciones...»

«Los jóvenes universitarios deben formularse el propósito de constituirse en núcleo dirigente. Y ser dirigente no significa ocupar los puestos lucrativos o disputarse el poder, sino asumir la responsabilidad del destino de los pueblos y consagrarse a la tarea de extirpar sus males, resolver sus problemas y modelar su alma».

Contra los peligros apremiantes de una invasión del espíritu yanqui, cada día más avasalladora y absorbente, el ilustre Decano de La Plata, llama a la conciencia de la juventud y le encomienda la empresa de una Confederación ibero-americana. Solo la juventud intelectual, «libre de compromisos con el pasado y de mezquinas rivalidades», puede hacer triunfar una idea no menos gloriosa y fecunda que la epopeya libertadora de la Independencia.

«El programa de acción y de idealismo» que el mensaje proclama, se condensa en estos postulados:

- Renovación educativa.
- Solidaridad con el alma del pueblo.
- Formación de una cultura nueva.
- Federación de los pueblos ibero-americanos.

Otra eminente personalidad de la inteligencia americana, acaba de llegar a Madrid en misión de cultura: el Dr. D. Mario Saenz, Decano de la Facultad de Ciencias sociales de Buenos Aires. EL ESTUDIANTE, que sabe cuanto ha laborado en su país por el progreso intelectual y por nuestra España del espíritu, hoy tan maltrecha, saluda fervorosamente al ilustre maestro argentino.

Los estudiantes liberales de Madrid y lo mejor de la juventud universitaria y ateneísta, han obsequiado con un banquete al profesor Jiménez Asúa, que en breve saldrá para América, como mensajero de la nueva cultura española. EL ESTUDIANTE se adhiere con todo entusiasmo a ese homenaje al bravo profesor, uno de los guías más certeros del movimiento de liberación de la clase escolar y le desea todo género de triunfos en su nueva peregrinación científica.



NUESTROS HEROES

Misael García Hernández.

OTRA víctima de los Rayos X. Otro nombre que agregar a los de Bergonié, Guilleminot, Leray, Reiss y Barrois.

Todos ellos pudieron salvar la vida, abandonando su labor científica, al iniciarse las primeras manifestaciones cruentas de los Rayos X; pero llegaron al fin de su destino con el estoicismo de los iluminados por el bien de la Humanidad.

Prefirieron la muerte a la capitulación; el sacrificio a la retirada humillante; el martirio lento y constante de su organismo, a la salvación, desertando del deber.

La piel lacerada por ulceraciones dolorosas, los dedos y los brazos mutilados y la anemia consecutivas a la terrible dolencia, no hicieron vacilar a estos hombres abnegados, y uno y otro día, hasta el postrero de su vida, fueron el ángel bueno de sus enfermos, que hallaron la curación o el alivio a sus males, en los mismos elementos que aniquilaban a estos héroes y santos de la ciencia.

Con exaltación de místico, nos contaba

Misael García, hace pocos meses, sus proyectos de trabajo en el Hospital del Cáncer, sus entusiasmos por el radium y los Rayos X, en el tratamiento de la cruel enfermedad. Y este hombre joven, animoso, nos hablaba de su futura labor, cuando había perdido ya en ella varios dedos de las manos y le habían extirpado los ganglios axilares.

La tierra de un pueblo humilde de Castilla ha recogido amorosa el cuerpo mutilado de Misael García. Otros pueblos y ciudades servirán de lecho eterno a otros compañeros y hermanos en el ministerio sagrado de la ciencia. No habrá para ellos guirnalda, ni piedras y bronce donde esculpir su grandeza espiritual.

Los Estados no redimidos aun de la barbarie, no enaltecen ni premian a estos héroes; pero ellos serán luz consuelo, estímulo y fé eternas, en las almas buenas que tienen como ideal supremo del vivir el amor y el bien de los hombres.

FILIBERTO VILLALOBOS

La nueva Universidad.

EN estos días de Mayo, cuando el sol acaricia como dulce amante las pupilas cansadas de finales de tareas, es mayor el entusiasmo de los escolares por la Universidad que dejan... *de esta* que se levanta entre los escombros de la vieja.

Los comentarios enardecidos al calor de la verdad, adquieren en estos claustros agrietados por el tiempo y la polilla, aires de juventud, que es el vivo interés del más allá.

«Sin estrépito, sin que nadie le empuje, se hunde el tinglado de la antigua farsa».

Ya no se habla de conservar *gloriosas tradiciones camelísticas*, ni preocupa a los estudiantes llevar en el vestido charro capa y espa-

da, de la misma manera que ya nadie quiere revestirse, con la ropa negra del convento, ni adornarse con manteos y cucharas...

Ha caído la venda de los ojos, al mismo tiempo que aparecen las primeras flores.

No lloremos el pasado de nuestra escuela, es mejor que no vuelva, como las golondrinas de Bécquer.

Pedimos, con el interés del que espera su salvación, una Universidad libre, donde se enseñen todas las ciencias, incluso la de la vida; en la que resplandezca el amor por la justicia y se formen hombres de voluntad firme y de carácter recio.

FERNANDO MIRANDA QUIÑONES



PANORAMA ESPIRITUAL

ENTRE densas tenebrosidades, brillan, aquí y allá, unas pocas estrellas, que aún saben guardar, en el imperio de las sombras, su luz de anhelo y esperanza. Si EL ESTUDIANTE acierta a traer a esta página algunos de sus vivos destellos, no será indigno de la misión que le traza la hora presente. En la noche más tenebrosa, la luz de una estrella es promesa de la aurora de un nuevo día.

La primera abogada.

En la Srta. Victoria Kent, la mujer española viste por vez primera la toga del abogado. El hecho es sobrado importante para que nuestra revista lo registre en las gestas de este «Panorama espiritual», como un paso alentador de progreso.

Adivinamos las miradas escépticas y burlescas, miradas de vanidosa superioridad, de los hombres que siguiesen en espectadores la vista en que por primera vez sonó ante un tribunal español la voz de una abogada. E imaginamos el florilegio de retórica galantería del fiscal que hubo de contender con la nueva defensora y el del presidente del tribunal que le diese la bienvenida al foro. No sabemos cuál fué el resultado de la vista ni si la primera abogada comenzó su carrera con un triunfo o una derrota. No sabemos tampoco, y esto si sería ya importante, si el imperativo de justicia de los juzgadores se rindió en esta causa al instinto de galantería del buen caballero. Basta consignar el hecho, para saber que la jornada fué acaso memorable para la mujer española y para el porvenir espiritual de nuestra sociedad.

Aquí, la ideología feminista de las más de las gentes no ha salido aún de la graciosa «Proclama de un solterón» de Vargas Ponce:

«¿Qué toca a la mujer? Mecer su cuna».

El hombre, que no se atreve a reconocer su incapacidad para luchar en muchas lides de la vida pública, en el comercio y en las profesiones, con la mujer, se atrinchera en el viejo tópico de la inferioridad mental de ésta y pretende tenerla sujeta a tutela de por vida *propter levitatem animi*, o por la blandura connatural de su cerebro, como decía nuestro Huarte, que tanto entusiasmaba al rabioso antifeminista Schopenhauer. Y

la mujer ha de ir conquistando paso a paso, trabajosamente y en dura batalla, su rango de igualdad en la vida social.

Son una serie de ideas, preocupaciones y supersticiones de todo género las que se oponen al progreso moral de la mujer y a su triunfo en la sociedad. Preocupaciones sobre todo de orden religioso. Hay quien todavía no ha pasado del salvaje ascetismo medioeval, que veía en la mujer un sér impuro. Como si la pureza no estuviese siempre en la mirada y en las intenciones de quien mira y de quien trata.

El camino ascensional de la mujer en la vida del espíritu y en la vida social es un camino de redención. Y los que aman la libertad y la igualdad como postulados ideales de toda sociedad, tienen que saludar con respeto todo movimiento que venga a derribar los privilegios del sexo, después de haberse derribado tantos otros privilegios de castas y de clases.

Fracasada la vieja cultura de los hombres, amasada con odios, hora es de que la mujer, llamada al progreso de la Humanidad como igual al hombre, ponga en la cultura de los tiempos nuevos un poco de amor y de dulzura. Y quién sabe si ella no sabrá, en muchos pueblos, defender con mayor vigor el fuego de virilidad que los hombres se dejaron arrebatar. Al menos, no parece que vosotros, hombres maduros de esta triste generación, seais los más llamados a cerrar el paso a la mujer a todas aquellas funciones desde las que se ha de velar por los bienes más preciosos de un pueblo y por las garantías supremas de la vida social. Venga la mujer a los cargos públicos, que acaso vendrá a reparar con su virilidad las trágicas faltas de la blanda feminidad del sexo masculino.

Lo doloroso y lo terrible es que no se sabe si este de la mujer no es también otro de los tópicos mentirosos de nuestra sociedad, si donde decimos «mujer» no debíamos decir, con una más clara visión de las cosas: confesor o padre espiritual... Sin embargo, no parece que es este el caso de la señorita Kent, la nueva abogada, a quien EL ESTUDIANTE saluda rendidamente, sin la retórica del fiscal, que nosotros reservamos para las señoritas cursis de la Castellana.



Gaudeamus!

ESTE es ya histórico...

Era uno de esos momentos en que la vieja Universidad española sacude su pereza de siglos, uno de los únicos momentos en que se peina un poco sus viejas greñas canosas y se adereza un tanto los ropajes corcomidos. Era, por tanto, una ceremonia.

Los claustros cuatro veces seculares hervían en vida de boulevard. Había músicas y colores, sol, alegría, caras bonitas y tipos elegantes. Estaba desconocido el seno exhausto de la matrona de la ciencia; revivía por unos momentos la Casa de la Muerte.

Y comenzó la fiesta. El ceremonial estaba rigurosamente prescrito, por una mano de acero inflexible, como una orden de plaza. Se les había dicho a los doctores y claustrales, tan brillantes en el empaque de sus togas y mucetas, cuándo habían de sentarse, cuándo habían de levantarse y tornarse a sentar, cuándo habían de inclinarse reverentes para saludar. Todo lo requería la hora memorable.

Fué necesario saltar arbitrariamente turnos consagrados por largos años de uso académico y sancionados en la ley como inviolables. Fué necesario quebrantar preceptos de Derecho y de cortesía. Se imponía la vitalidad arrolladora del espíritu. Iba a pronunciarse nada menos que la palabra definitiva de salvación para todos los problemas universitarios, y justo era que saliese de los labios supremos de la jerarquía.

Un hombrecillo subió las gradas del púlpito académico. ¿Era un sacristán o un monaguillo que iba a poner el paño para el gran sacerdote? ¡Por Dios! Era el gran sacerdote mismo en persona... digo, en personilla.

Silencio augusto, majestuoso. Un momento, y la palabra de salvación había sonado:

— ¡Y yo digo, Señor, que todos los arduos, graves, trascendentales, espinosos y difíciles problemas de la Universidad española, no podrán resolverse mientras no se amueble decorosamente este Paraninfo...! »

Sale un nuevo periódico (¿Es realmente nuevo? Suena tan a viejo, tan a decrepito todo estol...) Se discute si ha de ser del día o de la noche. Y por fin, se decide que sea vespertino, noctambular. Era natural. Le convenía así a Luca de Tena (intereses encontrados!) y de noche todos los gatos son pardos. Y hay ciertas gentes que jamás debieran salir a la calle con la luz del sol. De noche, como las heteras que se rematan al mejor postor.

Otro cadáver más de la desdichada «generación

del 98». A enterrarlo, con una risotada de lástima y desprecio, y ¡adelante!

En el nuevo periódico noctambular no se ha resuelto aun nada de lo que se refiere a redacción, pero se han recibido muchos ofrecimientos de jóvenes «románticos». Así ha dicho el autor del «Chirrión», ex-anarquista y ex-ciervista.

¿«Románticos»? ¡Ah, sí! Unos seres que andan por Madrid, que no se afeitan y se llevan los terrones de los cafés. También los hay aseados por fuera; pero estos... estos huelen peor aun por dentro.

No sé donde han dicho que un Rector de Universidad había capitaneado una intentona revolucionaria. He aquí un peligro de que en España estamos bien libres. No hay cuidado de que nuestros Rectores se metan a revolucionarios. Estarán siempre al lado del que mande y quedarán siempre de pie como los *tentetiesos*.

¿Quien creería encontrar un rasgo de humorismo en los estudiantes, en esta época trágica de Mayo? ¡Y sin embargo! Aquí tienen ustedes a un grupo de estudiantes que han hecho proyectar en la Universidad salmantina las vistas de Tutankhamen. No se dirá que estos estudiantes no son jóvenes ávidos de progreso y sedientos de futuro. Porque, en Salamanca y en la Universidad, el Tutankhamen ha sido una visión casi utópica del futuro.

Los reyezuelos del clam «socialista» se han alborotado. Los pobrecillos se han sentido heridos en su pudor de virgenes. ¡Decir que ellos tienen convivencias con el Poder público y con los que mandan! ¡Infamia semejante! Rotundamente afirman en un manifiesto (a falta de *manifestación* bueno es un *manifiesto*) que ellos no se hallan ligados por ningún género de «colaboración política» con los que gobiernan. ¡Pues claro que no! Solo es económica.

—

El partido socialista sigue «a ciegas» sus ideales de siempre, dice en otro pasaje el manifiesto. Las que siguen a ciegas, y así seguirán y Dios sabe hasta cuándo, son las mesnadas obreras, que no acaban de ver quienes les dirigen.

Imprenta de Francisco González, Prior, número 16.

Guía profesional

MÉDICOS

DOCTOR QUINTANA.—Médico-dentista. Rúa, núm. 7.

DOCTOR ISIDORO JUAREZ.—Medicina general. Avenida de Mirat, 14.

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR GONZALO GARCIA RODRIGUEZ.—Medicina general. Plazuela Episcopal, 3.

DOCTOR SERAFIN PIerna.—Medicina general. Doctor Riesco, 2.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR MEZQUITA.—Garganta, nariz y oídos. Rúa, 8

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina, Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico. San Justo, 10.

DR. MUÉLLEDES.—Dispensario de enfermedades secretas. Calle del Jesús, 7.

DOCTOR ARTURO SANTOS.—San Pablo, 14 y 16.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

Dr. PEÑA.—Enfermedades urinarias. Consulta de once a una. Avenida de Mirat.

DOCTOR SOLER.—Medicina general. Consulta de doce a dos. San Justo, 49.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7.

Doctor Eloy D. BELLIDO.—Oculista. Ramos del Manzano, 25 (cuatro calles).

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Zamora, 35, segundo.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad, consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sífilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITÉ VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DOCTOR AMADEO SANTAMARIA.—Piel, venéreas y sífilíticas. San Pablo, 38.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. PABLO B. HEREDIA.—Cirugía. Doctor Riesco, 70.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sífilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDEÑA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

DR. FRANCISCO MÉNDEZ.—Ginecología. Sánchez Ruano, 3.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FIDEL OLIVERA GARCIA.—Doctor Riesco, 102.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RICARDO SANCHEZ MARTINEZ.—Meléndez, 7, duplicado.

D. ANTONIO DIEZ AMBROSIO.—Plaza de San Julián, 9.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. RAFAEL GONZALEZ COBOS.—Azafranal, 7.

D. SANTIAGO RIESCO CACERES.—Azafranal, 12, principal.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Doctor Riesco, 56, segundo, derecha.

D. LUIS MARTIN DE LAS CUEVAS.—Calle de Arriba.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Doctor Riesco, 44.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Santa Eulalia, 6 y 7.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal número, 17.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Zamora, 42.

Señores Ortopédicos

FRANCO-CALVO.—Isla de la Rúa, núm. 4, pral.

D. FRANCISCO F. MORA.—Ortopédico. S. Justo, 30.

